

La de Charlot: una boda mexicana fuera de serie

ALONSO VIDAL

Nuestro país ha sido escenario de infinidad de acontecimientos inéditos en todos los ámbitos, a veces sorprendentes, en ocasiones extraños, inusitados e inauditos; otras, trágicos, desgraciados, adversos o, por el contrario, venturosos, felices, afortunados.

Por acá en el norte, en particular en Sonora, hay un sinfín de leyendas que conciernen a personajes importantes tanto del país como extranjeros y cuyos nombres han quedado apresados por la tinta o simplemente transitado de boca en boca, en un cabalgar sobre sus propias historias.

Va un caso como si fuera chisme lejano:

Al inicio de octubre de 1924, a bordo de un coche especial del Ferrocarril Sudpacífico, arribó de la frontera norte un hombrecito flacucho, de corta y rizada melena y un bigote menudo a lo Hitler, custodiando a una chamaca esmirriada, de bello rostro, ojos vivaces y sonrisa inocente. Casi por sorpresa y en incógnita rapidez tomaron asilo en una de las grandes mansiones que los administradores gringos de la compañía construyeron en aquel pueblito rielero, al que ellos anglosajonamente le asestaron por nombre Junction —término que los trabajadores mexicanos tradujeron como Empalme desde 1905, edad de su fundación— y que pasó a ser comisaría del puerto de Guaymas.

Se encubría un misterio en la llegada y la estancia de aquella pareja. Todo mundo hacía conjeturas, y más cuando se la veía ir a asolearse en la playa junto al Morro, donde la empresa mantenía instalados dos o tres vagones con todos los

servicios, cual si fueran pequeñas casas ambulantes.

El populacho —sociedad civil, se dice ahora—, al que le encanta hacerle al detective, pronto reveló que se trataba, ni más ni menos, que del actor Charles Chaplin Spencer, el mismo que arrojó a la vida citadina, mediante el celuloide, a Charlot (Carlitos), aquella figurita que calzaba unos zapatos maltrechos, empuñaba un largo y delgado bastón de caña, lucía un traje de dandi —lustroso por el uso— y un bombín orgullosamente particular. Era un tipo melancólico metido siempre en líos que terminaban en tragedia. Los empalmenses lo conocían y lo identificaron muy bien, pues en el Cine Royal del lugar exhibían todas aquellas sus películas mudas que a la gente le parecían un banquete muy especial.

Desde tiempo atrás, Edgar Hoover, director del FBI traía entre ojo y ceja a Chaplin, a quien hacía víctima de sus servicios de espionaje, pues consideraba que el mimo era un peligroso comunista soterrado cuyas ideas podían contaminar a gran parte de la sociedad estadounidense. Aquel degenerado policía estatal con más de cincuenta años en su oficio de victimario se valía de todo lo que pudiera afectar al perseguido, como obtener de modo ilegal secretos de índole sexual, que luego usaba astutamente para amedrentar a los poderosos y los enemigos políticos.

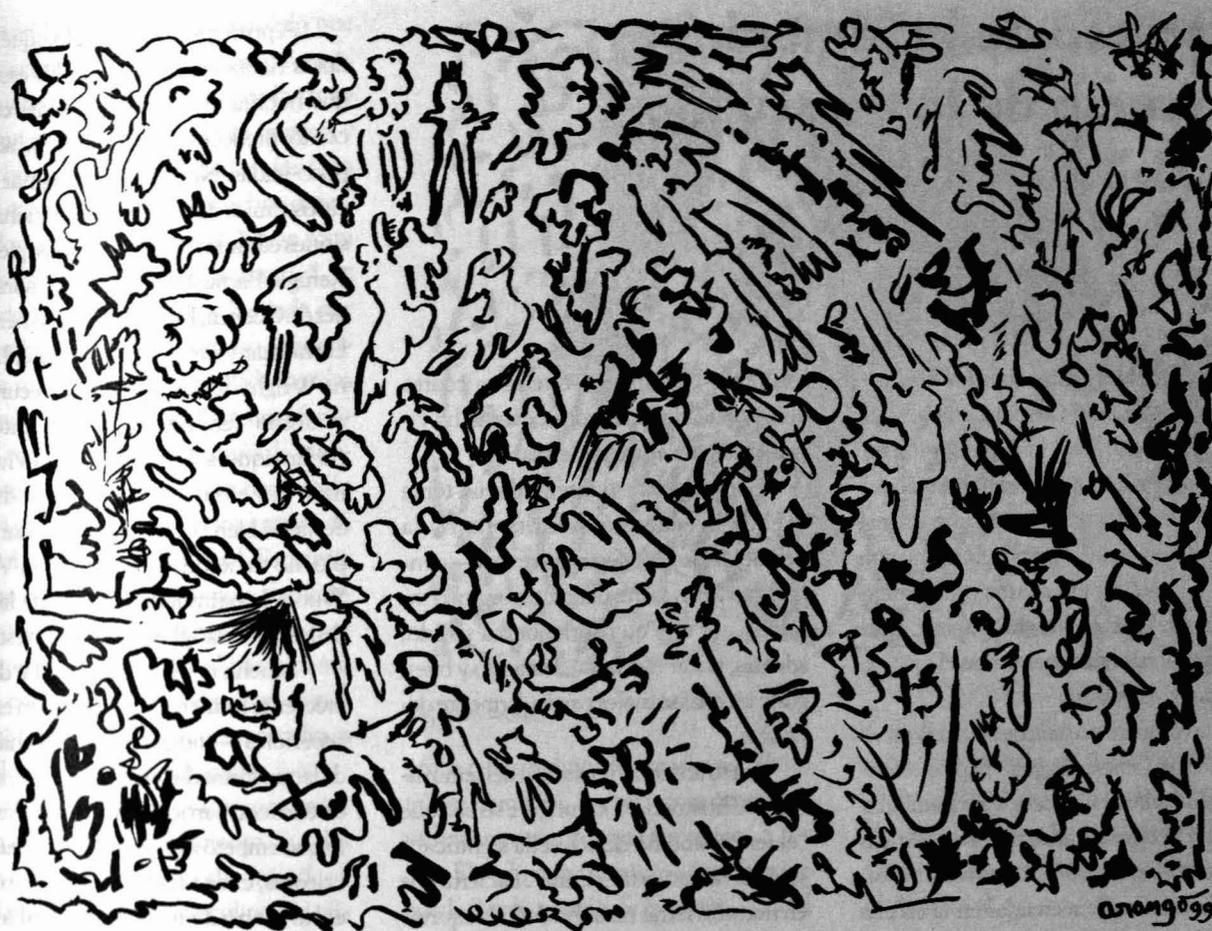
De Chaplin estaba enterado de que le gustaban las jovencitas menores de veintiún años, por lo que siempre estuvo en acecho para pescarlo en acto de violación y provocar con ello un escándalo tal que destruiría la reputación de Carlitos. Lo

que no consideró Hoover es que Chaplin era mucho más inteligente que él, pues, en efecto, se acostaba con las chicas, pero les cumplía matrimoniándose rápidamente con ellas, con lo cual se burlaba también del acoso de su concienzudo vigilante.

Tal fue el asunto que lo había hecho bajar y adentrarse en Sonora, cobijado por sus devotos amigos, los empresarios del Ferrocarril, pueblo desde donde salvaguardaban sus intereses y que tenía poco menos de dos mil habitantes. Se caracterizaba por ser un retrato fiel de una aldea estadounidense: planeado en un cuadro perfecto, contaba con amplias calles y avenidas, así como callejones bien trazados donde se establecieron los servicios de electricidad, agua, drenaje y recolección diaria de basura. Las casas y las oficinas de los jefes se construyeron con ladrillo rojo, cocido en las calderas de vapor que al mismo tiempo atendían las locomotoras, en su servicio lógico y primordial. Grandes eran los portales y las arcadas y había banquetas de granito coloreado. Sin perder la risueña armonía, los hogares del personal laborante tenían estatuaria de madera dura y muy bien tallada. Una preocupación inicial fue arbolar el lugar con grandes y frondosos laureles de la India (yucatecos, les llamamos por acá), jacarandas, amapas, guayabos, naranjos, limoneros, mangos y una variedad vegetal propia de estos lugares semitropicales, con el fin de contrarrestar el infernal calor de verano. Macizos de flores de la estación daban el toque mágico de un arco iris natural.

En 1907, en el centro de la plaza principal se levantó una mole donde se instaló un gran tinaco, para abastecer al pueblo de agua potable en tiempos de secas, y desde entonces ha sido el símbolo distintivo de la ahora ciudad de Empalme.

Pero volvamos a 1924. El seis de octubre, en el Hotel Club, se llevó a cabo una rumbosa fiesta, como pocas habíanse antes realizado. Ahí, en medio de sus amigos, invitados, entre ellos el juez civil don



Alejandro Arango

Ignacio Haro, Chaplin anunció su ánimo de volver a casarse, ahora con Lita Grey, protagonista de su más reciente filme. Antes se había unido, en 1918, con Mildred Harris, de 16 años. No duró mucho la aventura matrimonial: fracasó y vino el divorcio, en el que resultó su primer escándalo en 1920, durante la filmación de *El Chico*.

Según la costumbre, 18 días después de manifestar aquel deseo, la boda se llevó a feliz término, el día 24, a las siete de la tarde, en la sala de la residencia del juez Haro. Don Ignacio invitó a Carlos Álvarez, Luis G. Félix e Isidro de Jesús Guerrero para que actuaran como testigos por parte de la novia. Por Charlot lo fueron Charlie T. Reissner, Eduard Manson y Louise S. Curry. Con timbrada voz se leyó la *Epístola* de Melchor Ocampo, traducida por mister Reissner simultáneamente. Presenció la ceremonia la madre de Lita, la novel suegra de Charlot, la señora Lillian Spicer.

El agasajo durante tan memorable hecho fue de pronóstico, en la mansión de los Reissner. Había faroles, globos y

flores por doquier. En las mesas se dispusieron los más exquisitos manjares marinos, pavos, cochinitos al horno, carne a la parrilla, panes franceses y tortillas anchas. Selectos vinos españoles, chilenos, galos y hasta cerveza alemana hicieron la delicia de todos. Un conjunto de cuerdas regional, dirigido por don Gilberto Obeso, puso el toque musical y romántico a aquel festín, bien a bien peliclesco.

Los novios pasaron su madrugada de luna de miel en la Playa Dolores, muy cercana a El Morro.

La emperatriz del bataclán mexicano, Celia Montalván, contó por ahí, en una entrevista, que, al estar en Guaymas con su hermana Issa Marcué—ella andaba en busca de su amante y señor, el torero Juan (sin Miedo, el Meco, el Tigre de Guajajuato) Silvetti, que vagaba por estos lares haciéndole propaganda en las diferentes plazas al candidato presidencial Plutarco Elías Calles. La mujer era celosa a morir, pero al diestro le importaba un comino. Éste tuvo aquí por lo menos dos o tres amo-

res y como postre se robó de Nogales, Sonora, una hermosa muchacha, reina del más reciente carnaval—, en forma sorpresiva se topó con Carlitos, cuando un mediodía merodeaba por la playa. Él estaba solo, sentado en una barca, meditando. Entre ellos hubo un saludo rápido. Le llamó la atención a la triple la soledad del actor, rara en un recién casado. Y Celia apuntó con certeza: “Ya estaba viejo y pienso que se sentía cansado.”

Días más tarde, el mismo coche en que llegaron los novios se enganchó al tren número 9 de pasajeros rumbo a Nogales, frontera. Se narra que, al llegar a la estación, en la plaza principal, situada a unos metros de la línea internacional, frente a un relativo tumulto, se celebró un concurso original: la imitación de Charlot, personaje popular y exitoso del momento. Chaplin tuvo la buena puntada de vestirse como sólo él sabía y se inscribió para participar. Después de un buen rato el jurado calificador le otorgó el tercer lugar. Aquello no fue ironía, fue verdad. ♦